

NOCHE DE ANGUSTIA

(Traducción de Alberto Mesa Salcedo)

Prascovia salió de Tobolks para Sanpetersburgo, con el objeto de ir a solicitar el indulto de su padre, condenado por delitos políticos a trabajar en las minas. No llevaba más equipaje que un largo bastón, un maletín de viaje con algunas ropas, una pequeña suma en copecs de cobre y su pasaporte. Salió en lo más crudo del invierno, y es preciso saber que esta estación en Siberia no es lo mismo que en otros países de Europa situados en la misma latitud: allí el invierno es algo pavoroso. En pocas semanas qué transformación, qué triste aspecto el de este país que antes habíamos visto tan verde, tan animado y tan risueño. De todos lados llanuras inmensas cubiertas bajo una capa de nieve. En medio de estas llanuras, las florestas de abetos sombríos y silenciosos como monumentos de duelo en el campo de los muertos. De día, un horizonte mudo, un cielo gris y cargado de nubes negras, algunas veces un rubio rayo de sol fugitivo, semejante a la última mirada de un moribundo; después una obscuridad súbita sin los dulces resplandores del crepúsculo, y en las noches, algunas veces lúcidas, estrellas que se parecen a frías puntas de acero clavadas en el firmamento, y una luna pálida semejante a un disco de hielo.

Ni una melodía en los aires, ni un movimiento en los campos ni en los bosques. Los lagos y los ríos, encadenados por los hielos, han perdido su dulce murmullo; los insectos con sus larvas se ocultan en reductos imperceptibles, de donde no salen sino en la primavera. Las aves huyen hacia regiones más cálidas. Las ardillas mismas, estos vivos habitantes de las florestas emigran.

Se dice que a la aproximación de la ruda estación saltan de rama en rama, de árbol en árbol, hasta la orilla de los ríos, y allí esperan un viento propicio para embarcarse sobre una corteza de árbol levantando la cola para que les sirva de vela. Los osos y los ratones se entierran en un tenebroso retiro, como filósofos afligidos de lo que pasa en el mundo. Solamente los lobos vagan todavía a la ventura buscando una presa sobre estas tierras despobladas; y en sus apetitos terribles lanzan aullidos siniestros. De cuando en cuando también un ave de paso extraviada hiende el aire como una flecha negra y abate su vuelo sobre una rama de abeto lanzando un grito agudo. De tiempo en tiempo, en la sombra de la noche, resuenan los acentos del búho cuyas modulaciones planíderas, semejantes a los gemidos de una voz humana, espantan como un siniestro augurio, como un canto fúnebre, al viajero solitario que los oye resonar en el silencio de las noches. Algunas veces, en esa inmovilidad de la naturaleza, de repente el viento de invierno se levanta en su vuelo impetuoso, calcina las llanuras de nieve, como el simoun calcina las arenas del desierto. La tempestad estalla y las largas ramas de los abetos se inclinan bajo su poder, se recuestan el uno contra el otro, se entrechocan y se rompen con un ruido semejante al de una muralla que se derrumba, o de un mar en furia que se rompe contra las rocas. En un instante, los gigantes seculares son mutilados y descopados, y la tierra queda cubierta con sus largos ramajes.

Prascovia caminaba a lo largo de las casas de una aldea, moribunda de hambre y de cansancio, para buscar un alojamiento, cuando un campesino, que acababa de rehusarle duramente la hospitalidad, la siguió y la llamó. Era un hombre de edad, de muy mala facha. Prascovia dudó si debía aceptar su ofrecimiento, y sin embargo se



dejó conducir por él a su casa, temiendo no encontrar otra posada. No encontró en la isba sino una mujer de edad, cuyo aspecto era todavía más siniestro que el de su conductor. Este último cerró cuidadosamente la puerta y echó los postigos de las ventanas. Al recibirla en su casa, estas personas le hicieron muy mal acogimiento: tenían un aire tan extraño, que Prascovia experimentó cierto temor, y se arrepintió de haber venido entre estas malas gentes. La hicieron sentar. La isba no estaba iluminada sino por astillas de abeto inflamadas, colocadas en un agujero de la muralla, que reemplazaban por otras cuando ya estaban consumidas. A la claridad lúgubre de esta llama, cuando Prascovia se atrevía a levantar los ojos, veía los de sus huéspedes fijos en ella. En fin, después de algunos momentos de silencio:

—De dónde vienes? le preguntó la vieja.

—Vengo de Tobolks, y voy a Sanpetersburgo.

—¡Oh! ¡Oh! tienes pues mucho dinero para emprender tan largo viaje?

—No me quedan sino ochenta copecs de cobre, respondió la viajera intimada.

—¡Mientes! exclamó la vieja; sí, tu mientes! nadie se pone en camino para un viaje tan largo con tan poco dinero.

La muchacha quiso protestar que esto era la verdad, pero no le creyeron. La mujer decía en voz baja a su marido:—de Tobolks a Sanpetersburgo con ochenta copecs, es imposible verdaderamente!

La desgraciada niña, ultrajada y temblorosa detenía sus lágrimas y rogaba a Dios por lo bajo que la socorriese. Le dieron sinembargo algunas papas, y desde que las hubo comido la huésped le aconsejó que se fuera a acostar. Prascovia, que comenzaba a sospechar que sus huéspedes eran unos ladrones, habría dado con

gusto el resto de su dinero por verse libre de sus manos. Ella se desvistió en parte antes de subir al zarzo donde debía pasar la noche, dejando abajo, a su alcance, sus bolsillos y su saco, a fin de darles facilidad de contar su dinero y ahorrarse la vergüenza de ser esculcada. Desde que la creyeron dormida, comenzaron sus pesquisas. Prascovia escuchaba con ansiedad su conversación. «Ella tiene todavía dinero, decían ellos; tiene seguramente billetes de banco.—Le he visto, agregó la vieja, un cordón que pasa al rededor de su cuello, del cual pende un pequeño saco; es ahí donde está el dinero.» Este era un saquito de tela encerada, que contenía su pasaporte, el cual no abandonaba nunca. Se pusieron a hablar en voz baja, y las palabras que ella oía de tiempo en tiempo no eran para tranquilizarla. «Nadie la ha visto entrar en nuestra casa, decían los miserables, ni siquiera saben que esté en la aldea.» Hablaron todavía más bajo. Después de algunos instantes de silencio y cuando su imaginación le pintaba las mayores desgracias, la muchacha vio de repente aparecer cerca de ella el rostro de la horrible vieja que trepaba sobre el zarzo. Toda la sangre se le heló en las venas. Ella le rogó que la perdonase la vida, asegurándole que no tenía más dinero; pero la inexorable visitante, sin responderle, se puso a buscar en sus vestidos, en sus zapatos, que le hizo quitar: el hombre trajo una luz; examinaron el saco, y le hicieron abrir las manos; en fin, la vieja pareja viendo que sus pesquisas eran inútiles, bajó, y dejaron a nuestra viajera más muerta que viva.

Esta escena espantosa y aún más el temor de que se repitiese la mantuvieron largo rato despierta. Sin embargo, cuando ella conoció por su respiración ruidosa que sus huéspedes se habían dormido, se tranquilizó poco a poco, y, la fatiga sobreponiéndose al miedo, se

durmió profundamente. Ya estaba bien claro cuando la vieja la despertó; bajó del zarzo, y quedó muy admirada de encontrar a la vieja, lo mismo que a su marido, con un aire más afable.

Ella quiso partir; mas la detuvieron para darle de comer. La vieja hizo al punto los preparativos con mucho más apresuramiento que la víspera. Tomó la pala y sacó de la estufa la olla de *chtchi* del cual le sirvió una buena porción. Durante este tiempo el marido levantaba una tabla del piso bajo el cual estaba el jarro del *kvasse* y le sirvió un vaso lleno. Un poco tranquilizada por este buen tratamiento, respondió con sinceridad a sus preguntas y contó una parte de su historia. Ellos fingieron interesarse mucho en ella, y, queriendo justificar su conducta precedente, le aseguraron que no querían saber si ella tenía dinero sino porque tenían sospechas de que fuese una ladrona; pero que ella podría ver, contando su pequeña suma, que ellos mismos estaban muy lejos de ser ladrones; en fin, Prascovia se despidió de ellos, no sabiendo si debiera darle las gracias; pero se creía muy feliz en verse lejos de la casa.

Cuando hubo caminado algunas verstas fuera de la aldea, tuvo la curiosidad de contar su dinero. El lector quedará sin duda tan sorprendido como ella al saber que en lugar de ochenta copecs que ella creía tener, halló ciento veinte. Los huéspedes habían agregado cuarenta.

JAVIER DE MAISTRE

